

Relecciones

Revista Interdisciplinar de Filosofía y Humanidades

nº
01

HACIA UNA NUEVA RACIONALIDAD

NOVIEMBRE 2014



Artículo extraído del número 1 de *Relecciones*

RESEÑA DE

**“Sobre la violencia” de Arendt, Hannah.
Traducción de Guillermo Solana**

Reseñado por
SERRA, Juan Pablo

www.relecciones.com



Universidad
Francisco de Vitoria
UFV

Sobre la violencia

Autor / Author

ARENDRT, Hannah. Traducción de Guillermo Solana.

Editorial / Publishing company

Alianza, Madrid, 2012, pp. 140

Hannah Arendt (1906-1975) reflexionó sobre el totalitarismo en los años 50 del siglo XX, sobre la crisis de la tradición humanística en los 60 y sobre la legitimación de la violencia en los movimientos de protesta de los 70. El libro *Sobre la violencia* —originalmente aparecido como suplemento de *The New York Review of Books* en 1969 y bien conocido entre teóricos de la política y estudiosos de la obra arendtiana— es la mejor muestra de esto último. Quién sabe si el estreno de la muy digna película de Margarethe Von Trotta sobre la pensadora alemana, los brotes de violencia en Europa, EEUU y Oriente Medio o, simplemente, el agotamiento de la primera edición en castellano de Alianza hayan podido motivar esta segunda.

El escrito que nos ocupa es relativamente breve y se divide en tres partes. En la primera, la pensadora política contextualiza la relevancia del tema y adelanta algunas ideas sobre la acción violenta. En la segunda parte, analiza la relación entre poder y violencia y enuncia la tesis principal del libro. Finalmente, Arendt se propone en la última parte abordar la naturaleza y causas de la violencia.

El uso de la violencia ha tenido y tiene mucha fuerza en la retórica de la revolución. Cuando Arendt escribe este libro, el eco de mayo del 68 estaba muy vivo, los movimientos anti-bélicos en alza, los grupos pro derechos civiles habían obtenido varios éxitos no sin apelar en ocasiones a la violencia y las dictaduras comunistas se encontraban en pleno auge. Y, sin embargo, señala Arendt, aunque aderezaran sus discursos con lenguaje marxista, no es precisamente esta izquierda la que defiende la violencia, sino más bien los revolucionarios de corte existencialista. Tiene sentido. Si hay algo que comparten los humanismos de izquierda, recuerda Arendt, es la idea de *autocreación del hombre*: en Marx, mediante el trabajo; en Hegel, mediante el pensamiento; pero, en Sartre, esa autocreación es el medio para hacer un nuevo hombre y es un medio violento, pues el otro es de hecho un obstáculo para mi autocreación (p. 24). En realidad, si los estudiantes rebeldes y los revolucionarios no renunciaban —y aún no renuncian del todo— al marxismo es porque no renuncian a la idea de progreso y a un progreso decimonónico, que se concibe ilimitado gracias al avance de las ciencias naturales (pp. 39-40, 43, 45-46).

Esta creencia en un progreso ilimitado es lo que da sentido a la rebeldía y a la acción violenta que, cuando se pasa de la retórica a los hechos, es un tipo de acción que se rige por la categoría medios-fin. Por su carácter instrumental, siempre necesita herramientas (armas, tecnología), pero en cuanto acción tiene resultados impredecibles. Así, haciéndose eco de la conocida distinción entre las tres dimensiones de la vida activa (*trabajo, producción y acción*) que llevaba a cabo en *La condición humana*, Arendt escribe que "como la finalidad de la acción humana, a diferencia de los bienes fabricados, nunca puede ser fiablemente prevista, los medios utilizados para lograr objetivos políticos son más a menudo que lo contrario de importancia mayor para el mundo futuro que los objetivos propuestos" (pp. 12-13). Eso explica el hecho de que el siglo XX haya sido un siglo de guerras y revoluciones pero, sobre todo, de violencia propiciada por el desarrollo de los medios de violencia. La guerra (violencia organizada), en efecto, no sigue con nosotros por un deseo de muerte, un instinto de agresión o por los peligros del desarme sino por el simple hecho de que no haya aparecido todavía en la escena política un sustituto (otro medio) de este árbitro final (pp. 13-14), reconoce Arendt. Lo cual no significa que no resulte aterrador cuando la recomiendan especialistas científicos que *no piensan*, sólo calculan probabilidades, proponen soluciones drásticas y *no comprenden* la importancia de las acciones humanas. Estos analistas "se dedican a estimar las consecuencias de ciertas configuraciones hipotéticamente supuestas sin, empero, ser capaces de probar sus hipótesis con los hechos actuales", lo que "puede conducirnos a creer que poseemos una comprensión de los acontecimientos y un control sobre su fluir que no tenemos" (pp. 15-16).

Precisamente tomando pie en la distinción medios-fin, Arendt desarrolla el capítulo central del libro, el más interesante. La violencia se asocia habitualmente con el poder, y no sólo como tópico. Si algo tienen en común la mayoría de teóricos políticos es la idea de que el poder *es dominio del hombre sobre el hombre*. Pero cuando todo (poder, potencia, fuerza, autoridad, violencia) se reduce a dominio, se olvida que estamos ante fenómenos distintos. Así, según Arendt, mientras el *poder* es la capacidad para actuar concertadamente que pertenece al grupo y que existe mientras el grupo se mantiene unido, en cambio la *violencia* tiene que ver con los instrumentos para multiplicar la *potencia* natural de una persona (pp. 60-63). Para entenderlo, conviene aclarar que, según Arendt, el poder —al igual que otras realidades como la paz— es un fin en sí mismo, no un medio para nada específico. Tampoco el gobierno (como poder organizado e institucionalizado) es o debería ser un medio para algo concreto no político (felicidad, igualdad de clases, etc.). De hecho, como señala Arendt con su áspero realismo, existe un problema cuando hacemos de lo político un medio: o lo es para lo obvio (convivir juntos) o lo es para la utopía (pp. 60-70). En definitiva, allí donde hay comunidad política, hay poder, y no necesita justificación, sino legitimidad. "El poder surge allí donde las personas se juntan y actúan concertadamente, pero deriva su legitimidad de la reunión inicial más que de cualquier acción que pueda seguir a ésta". Por eso la legitimidad mira al pasado, la justificación al futuro, a un fin que se encuentra alejado. Y de ahí también que la violencia puede ser justificable, pero nunca será legítima (pp. 69-71).

En resumidas cuentas, concluye la segunda parte, poder no es lo mismo que violencia. "El poder y la violencia son opuestos; donde uno domina absolutamente falta el otro. La violencia aparece donde el poder está en peligro pero, confiada a su propio impulso, acaba por hacer desaparecer el poder [...]. La violencia puede destruir al poder; es absolutamente incapaz de crearlo". Más aún, violencia y poder son opuestos en un sentido peculiar. De la misma manera

que, como afirma la tradición occidental, el mal es ausencia de bien, también la violencia es ausencia de poder. Pero con una salvedad: de la violencia no se deriva poder. Esto es, concluye Arendt contra cierta comprensión de la relación entre bien y mal, la violencia *no* es la manifestación temporal de un bien todavía oculto (p. 76).

Pero, entonces, ¿qué es lo que *sí* es la violencia? En teoría, Arendt dedica la última parte a dilucidarlo. Literalmente, no ofrece una definición explícita de qué es la violencia, aunque da varias pistas para que el lector entienda que la violencia es, fundamentalmente, un instrumento, que surge por la rabia y la injusticia y que resulta tan tentadora por su rapidez e inmediatez.

La primera pista consiste, justamente, en la afirmación de que la violencia ni es bestial (o inhumana) ni es irracional. La violencia suele surgir de la rabia (*prima facie*, un afecto irracional), pero la rabia no es una reacción automática ante la miseria y el sufrimiento, sino sólo ante el sufrimiento *evitable*. Tampoco es una ofensa estrictamente personal o arbitraria, es una ofensa a nuestro sentido de la justicia. La rabia es, de hecho, un tipo de indignación ante el mal (*ergo*, una respuesta tan afectiva como racional). La rabia y la violencia, aunque no sigan argumentación racional ni ponderen las consecuencias, no son irracionales (de hecho, hay situaciones que exigen respuestas iracundas y poco meditadas) (pp. 82-83). Lo que de verdad resulta inhumano es no sentir emociones, pues para responder razonablemente a algo, un primero debe sentirse afectado (p. 84).

Ahora bien, en contra autores como Fanon y Sorel —muy leídos por revolucionarios y jóvenes rebeldes—, Arendt sostiene que la violencia no es racional por su capacidad creadora ni por ser expresión de vida. En estos planteamientos, explica agudamente Arendt, siguen latiendo viejas filosofías vitalistas, ya sea la de Marx (*la vida es creativa como la sociedad es productiva*), la de Nietzsche (*la violencia promueve vida*) o la de Bergson (*la creatividad es el bien supremo*) (pp. 96-97). El problema es que si a esta equivalencia de violencia y vida le unimos la asunción de que poder y violencia son lo mismo, se llega a una peligrosa y muy extendida visión orgánico-biológica del poder, cuya naturaleza entonces consiste en crecer y expandirse y donde tan “natural” es la destrucción violenta como la reforma no violenta (p. 98). Una visión de la que tampoco se sale postulando la existencia de manos invisibles que armonizan la búsqueda racional del interés propio. En los conflictos de interés, de hecho, no hay un intento biológico de expandir el poder del grupo ni tampoco una discusión por un interés común, sino un interés en el yo, inmediato y “realista”. Donde hay conflicto, genuino e irreductible, entre individuos no es razonable esperar un comportamiento no violento ni una argumentación racional ni confiar en que la gente se someta a un interés común y público, precisamente por la discrepancia de tiempo entre *lo que me conviene a mí* (inmediato, fácil de saber) y *lo que conviene a todos* (incalculable, a largo plazo) (pp. 102-103).

La violencia, en definitiva, sólo es racional cuando busca objetivos a corto plazo. “Siendo por su naturaleza un instrumento”, escribe Arendt, la violencia “es racional hasta el punto en que resulte efectiva para alcanzar el fin que deba justificarla. Y dado que cuando actuamos nunca conocemos con certeza las consecuencias eventuales de lo que estamos haciendo, la violencia seguirá siendo racional sólo mientras persiga fines a corto plazo. La violencia no promueve causas, ni la historia ni la revolución, ni el progreso ni la reacción; pero puede servir para dramatizar agravios y llevarlos a la atención pública”. De hecho, la violencia, más que revolución, lo que fomenta y busca son reformas (pp. 103-104).

Hoy en día, sin embargo, existen formas de violencia en nuestra organización social que

pasan desapercibidas por su carácter ubicuo y civilizado. Y es que, a más burocratización de la vida pública, más violencia, porque la burocracia inhibe la acción. Y, justamente, lo que hace del hombre un ser político es su capacidad de acción, de unirse a sus iguales para actuar concertadamente. Como subraya Arendt aquí y en otros lugares de su obra, "como todos llegamos al mundo por virtud del nacimiento, en cuanto recién llegados y principiantes somos capaces de comenzar algo nuevo" (p. 108). Lo que hace al ser humano capaz de acción es su condición de natalidad, la capacidad de comenzar algo nuevo, hoy en día en crisis a causa tanto del progreso científico como de la burocracia organizada (pp. 106-108). Esta peculiar contradicción la vemos hoy en día en el tipo de impotencia que caracteriza al poder, que es capaz de controlar procesos extraordinarios e imposibles pero no atender a lo cotidiano, es decir, hacer lo posible (pp. 113-114).

El libro, en definitiva, alberga dos grandes méritos que recomiendan su lectura. El primero es el gran ejercicio de filosofía política que Arendt lleva a cabo al desentrañar los presupuestos de fondo presentes en el discurso y acciones de los defensores de la violencia, teóricos políticos y jóvenes rebeldes: la idea ética y metafísica de progreso, la concepción de la política como dominio del hombre sobre el hombre, las filosofías vitalistas. A ello se añade la madurez del pensamiento de la autora y, con ello, lo bien que resuenan en el texto ideas típicamente arendtianas sobre la precariedad de la acción humana, la condición de natalidad como posibilitante de la acción, el comienzo del espacio público como lugar de acción concertada o la superioridad y capacidad humanizadora del pensamiento sobre el puro cálculo. ■

Juan Pablo Serra

Universidad Francisco de Vitoria
 Madrid (España)

Re lectio nes

www.relecciones.com



Universidad
Francisco de Vitoria
UFV Madrid